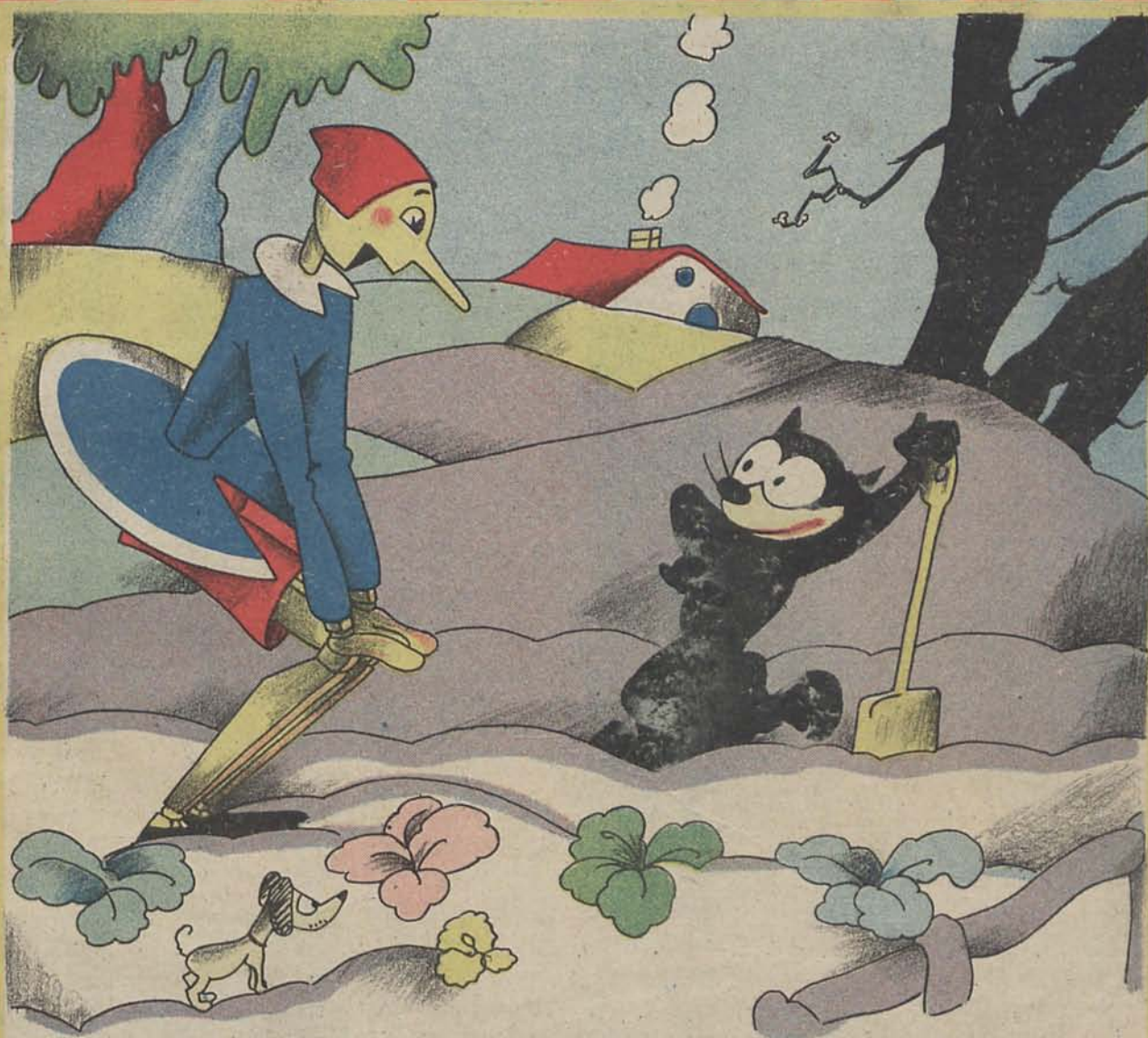


# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 251

25 cts

8 DICIEMBRE  
1929



- OYE PINOCHO; ¿A QUÉ NO SABES POR QUÉ VIVIMOS EN ESTA HUERTA?  
- IGNORO LOS MOTIVOS.  
- ¡HOMBRE PORQUE COMEMOS!

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





## EL PARALELO 28° 17'

POR E. GIOVANELLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

de Boston, que había venido a establecerse en aquel riente valle

desde hacía varios años y se dedicaba también al comercio en detalle de diamantes por medio de un agente suyo en Europa. Firewell murió de apoplejía hace cuatro meses, dejando como heredero de toda su hacienda a su único hermano. Este no había llegado de América sino veinte días antes de nuestra asaz inoportuna e importuna aparición. Con ayuda de un empleado y un notario de Sidney llevados expreso y mediante el testimonio de unos cuantos colonos, se efectuó el traspaso de la vasta propiedad del difunto Firewell, y el hermano se constituyó en legítimo propietario.

»Pero pronto empezaron las lamentaciones. El nuevo amo se mostró enteramente opuesto al antiguo. Todo lo que éste había sido activo, sobrio, bueno y afable con sus servidores, era éste malo, inepto para el trabajo, borracho y brutal. Y esta brutalidad suya, habíale enajenado la voluntad de los paisanos, que se veían azotados cruelmente por el menor descuido, y que en los veinte días debían de haberles visto de todos los colores. Por eso habían adoptado ante él y ante nosotros aquella actitud neutral que tanto nos había chocado; algunos incluso nos confesaron que abrigaban fuertes sospechas tocante a la identidad de aquel individuo, y que se congratulaban de que hubiéramos llegado nosotros a ponerlo todo en claro.

»He de confesar que en aquel punto creí yo a pie juntillas que el problema estaba resuelto de plano; y si bien el examen de los papeles que encontramos no me había ofrecido datos de tal fuste que me sirvieran para dilucidar el asun-

to, no dudé que los pudiera convertir en realidades probatorias. Supe finalmente que el nuevo propietario había abierto tratos en seguida para la venta de la propiedad, y que algunos señores ingleses ya habían venido a intentar la adquisición.

Tomé al día siguiente mis disposiciones para el regreso. Con el fin de evitar al pobre Macson las complicaciones de las largas etapas a caballo, llevé conmigo hasta el Darling una numerosa cohorte de colonos quienes trabajaron medio día en la construcción de una cómoda balsa hecha con troncos de árbol. Pensaba yo bajar en ella el río hasta la costa; pero al tercer día fuimos recogidos a bordo de la chalupa de vapor de un rico australiano que remontaba el Darling para cazar antilopes. Al saber que llevábamos un herido, espontáneamente se brindó a acompañarnos hasta Adelaide a donde pudimos llegar de ese modo en un plazo bastante más breve.

»Macson fué instalado al punto en un sanatorio y allí sufrió con éxito la operación de la extracción de la bala; y yo me posesioné inmediatamente de la butaca directorial en las oficinas del *Australian Trade*.

»Solamente en este sitio, recobrada la calma, pude reflexionar en frío en los sucesos de que había sido espectador y actor, y deducir luego de ellos algunas hipótesis.

»El hombre bueno y dulce, muerto hace cuatro meses en la factoría del Warrego ¿era el exteniente Larouchy?

»He allí la pregunta que me sume en hondas preocupaciones y que por espacio de muchos días ha hecho de mi mente una fragua de conjeturas y de fantásticas suposiciones.

»Admitamos que Firewell fuese en efecto Larouchy. En tal caso ¿quién sería el presunto hermano? Su aspecto físico me hace pensar en

Foichant, recordando la impresión que de él transmite Ralph en la carta que usted me ha comunicado. Pero ¿cómo, entonces, se había detenido casi un mes en un lugar para él tan peligroso, y cómo no se había preparado contra la posibilidad, y hasta la certidumbre, de que nosotros llegaríamos a disputarle su arbitrariedad *herencia*? Y, ¿por qué razón, en tal caso, no estaban con él sus socios? ¿Dónde pueden hallarse entre tanto Kōwaes y Fayollet?

»Yo, a decir verdad, pierdo la cabeza, y casi estoy por creer que la pista de Larouchy se ha de encontrar en otra parte del mundo porque imagino que aquí no nos queda más que hacer ni qué esperar. Y en todo caso, si el muerto en la factoría era Larouchy, las pruebas de la inculpabilidad del capitán D'Alimand estarían irremisiblemente perdidas porque de seguro el ladrón fugitivo habrá destruido los preciosos papeles. La autoridad judicial le busca entre tanto activamente y ha iniciado ya las indagaciones para establecer la identidad del difunto Firewell y del sedicente hermano; esas indagaciones nos dirán con certeza si ha sido o no ha sido nuestro Larouchy.

»Quería yo esperar el resultado de los trabajos de la policía para dar a usted noticias definitivas; pero esta mañana, por un azar realmente extraordinario, he podido tener indicaciones tales que juzgué oportuno, y hasta indispensable, comunicároselas en el acto.

»Al entrar en mi oficina, quise, por primera providencia, telefonear a la Policía para inquirir si se tenían nuevas noticias del caso Firewell. Busqué—pues ya usted sabe lo desmemoriado que yo soy—el número correspondiente en la Guía de abonados, y llamé. El teléfono de la Policía estaba ocupado. Saqué de sus sobres las cartas de mi correspondencia matinal, y las puse a un lado para leerlas después; y volví a llamar. Pero, entre tanto, el número fatal que ha determinado nuestra fantástica empresa, debió de reemplazar en mi mente al de la Central de la Policía, que es el 24-37, y así es como debo de haber transmitido aquél en vez de éste a la telefonista.

»Una voz me contestó:

»—Presente.

»—¿Con quién hablo?

»—Oficinas casa Fayollet.

»—¿Qué dice usted?—pregunté yo temblando, sin dar apenas crédito a mis oídos.

»—Oficinas casa Fayollet—repitió la voz más fuerte.

»—¿Su número, me hace el favor, es el...

»—¿No lo sabe usted? El 28-17. ¿Qué desea?

»Por más que estaba yo confuso y agitado, pregunté todavía:

»—Un dato: La casa de usted ¿está en relaciones con el Banco Fayollet de París?

»—Nuestra Casa es precisamente la Sucursal en Australia del Banco Fayollet y Compañía Ramo de Sederías.

»—Perfectamente. Sé que su principal no se encuentra ahora en París, y que ha emprendido un viaje a Oriente; y como necesito conferenciar con él en persona, querría saber si se encuentra ya en Adelaida, o, en caso negativo, dónde podría mandarle un telegrama.

»—Espere un momento.

»A los pocos segundos, una voz más lenta y más profunda reanudó la conversación:

»—¿Quién está al aparato?

»—Francisco Repage, agente de cambio—respondí en seguida.

»—¿Desea usted ver al señor Fayollet?

»—Verle si es posible; y si no, por lo menos telegrafiarle.

»—El señor Fayollet no ha llegado a Adelaida todavía. Su última carta nos llegó de Hong-Kong, y a Hong-Kong le seguimos enviando nuestra correspondencia. Si le telegrafía usted allá recibirá el despacho seguramente.

»—Muchas gracias; y perdone la molestia.

»—No hay de qué. ¡Adiós!

»—Hasta la vista—dije yo como si le conociera y debiese volverle a ver pronto, mientras colgaba el auricular.

»Quedé estupefacto. ¡Qué bromas gasta el destino! He ahí cómo me suministraba de tan

(Continuará en el próximo número)

# ANITA BUEN- CORAZON



# EN EL REINO DE LAS TENIEBLAS POR E. SALGARÉ

(Continuación)

—Sí—contesté—Están envueltas en una redcilla metálica que impide al gas comunicarse con la llama.

—Perfectamente—dijo el minero—Aquel día me hallaba yo en una galería aislada juntamente con mi amigo Bill, un joven robusto y animoso del País de Gales por el cual sentía gran afecto.

Teníamos que excavar en torno a un enorme bloque de carbón para dejarle aislado y preparar los barrenos. El trabajo era duro y difícil a causa de las numerosas filtraciones que sobrevenían de continuo desde la bóveda y además porque nos hallábamos a trescientos sesenta metros bajo el nivel del suelo.

Acababa de sonar la campana para descansar y dejábamos la herramienta para ponernos a comer cuando de improviso oímos una detonación ensordecedora seguida de gritos agudos que decían: ¡Huid, huid! «¡el grisú!» «¡el grisú!»

Es preciso haber vivido algún tiempo en una mina para comprender el pánico que tal grito siembra entre los mineros. Anuncia siempre un desastre que ninguna fuerza humana puede contrarrestar.

El estruendo al propagarse por las galerías había

sido tal que los ademes o traviesas de sostén se habían caído de repente en muchos lugares.

Bill y yo cogimos nuestras lámparas y nos precipitamos en desesperada carrera hacia la galería principal donde estaban situados los pozos. Nos faltaba poco para llegar a ella cuando vimos pasar corriendo ante nosotros a los mineros. Gritaban espantosamente, chocaban unos con otros, se atropellaban y sobre el caído pasaban los demás sin piedad preocupados únicamente por llegar presto a las galerías altas.

Apenas pasaron estos, dejando tras sí no sé cuántos compañeros muertos o contusos, sobrevino otra nueva explosión diez veces más estruendosa que la primera. Parecía como si toda la mina se hubiera derrumbado y oíamos un pavoroso fragor de muros y galerías que se desplomaban, después una tromba inmensa de fuego lo surcó todo destrozando a su paso cuantos obstáculos se le oponían.

Por un momento me encontré completamente envuelto en llamas y luego lanzado contra yo no sé que sitio por una fuerza irresistible. Me cubrí la cara para salvar los ojos pero el grisú inflamado ya me había atacado carbonizándome de un modo instantáneo toda la parte izquierda y los dedos.





El ojo se me había tostado como si me lo hubieran vaciado con la punta de un hierro ardiente.

El horrible dolor que experimenté en aquel momento no os lo sabría describir y quizá nadie podría imaginárselo.

Por un caso inaudito la fuerza de la explosión me había lanzado contra un lugar donde las filtraciones de agua habían inundado parte de la galería, de modo que aunque el fuego me había quemado casi todas las ropas, allí se apagaron de pronto. Fué una verdadera suerte pues de otro modo hubiera muerto abrazado. A mi amigo Bill no le sucedió lo mismo: resultó solamente con algunas quemaduras leves. La tromba de fuego no llegó a rodearle pues en aquel momento se encontraba tras mí y si bien sus ropas resultaron quemadas, al menos en la carne y sobre todo en los ojos apenas sufrió daño alguno.

No se cuánto tiempo permanecí aturdido en medio de aquella charca. Me sacó de allí Bill, quien estuvo durante unos minutos buscándome a tientas, pues como dije, la explosión rompió y apagó nuestras lámparas.

Un humo acre y pesado invadió toda la mina. Debían haber explotado todos los depósitos de pólvora de la mina.

Durante mucho tiempo permanecimos aturdidos, inmóviles, aterrados por la explosión, que, según nuestro parecer debía haber derrumbado toda la mina.

El instinto de conservación, no obstante, nos inspiró algún ánimo.

—Bill—, dije olvidando mis crueles dolores—Vamos a hacer por llegar a los pozos. Ya a estas horas es posible que la gente de afuera de la mina trabaje arduamente para salvar a los supervivientes.

—¿Podrás andar?—me preguntó el joven minero.

—Te seguiré—le contesté—¿Está hundida la galería?

—Creo que no.

—Pues vamos entonces sin perder tiempo.

Me até un pañuelo atravesado sobre el ojo mutilado y sofocando los atroces dolores que me martirizaban me puse resueltamente en

marcha. Íbamos a tientas en medio de la obscuridad. Las lámparas de la galería principal se habían apagado todas y las sombras más horrendas reinaban por doquier. Parecíamos marineros perdidos en el mar sin dirección y sin brújula.

Apoyándonos en las paredes con las manos avanzamos cautamente por la galería sin hablar. Habíamos recorrido ya unos treinta pasos cuando oí a Bill gritar:

—¡Estamos en la galería principal!

¿Cómo lo pudo adivinar? no podría decirlo. Adivinarlo, esta es la verdadera palabra pues marchábamos sumidos en la obscuridad más absoluta. Ahora queríamos saber hacia qué lugar caían los pozos, ¿a la derecha o a la izquierda? Parecerá cosa extraña desorientación en personas que llevan tres o cuatro años viviendo en una mina, sin embargo a consecuencia de la confusión y el terror que dominaban en

(Continuará en el próximo número.)





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, MORENO ¿CÓMO ANDAS HOY DE FONDOS?

ESTOY ARRUINADO. PRECISAMENTE IBA A ESCRIBIRLE UNA INSTANCIA PIDIÉNDOLE A USTED SOCORROS CON URGENCIA



YO CREO QUE ES MEJOR QUE LE ESCRIBAMOS A TU TIA PANCHITA, QUE DEBE DE TENER MUCHO DINERO ¿VERDAD?

ES RÍQUISIMA. EN EL CORSE LLEVA SIEMPRE COSIDO UN CALCETÍN CON SIETE DÚROS EN CALDERILLA



“NUESTRA QUERIDÍSIMA TIA PANCHITA! LA PRESENTE ES PARA DECIRLE QUE SI NOS MANDA HOY MISMO UNA PERRITA GORDA, MAÑANA SIN FALTA NOS MORIREMOS DE HAMBRE Y FRIO”

¡QUE PENA LE VA A DAR CUANDO LEA LA CARTA!



OYE, NIÑO; ¿QUÉ SEÑAS LE PONEMOS AL SOBRE?

PONGALE USTED “SEÑORA PANCHITA. DONDE SE HALLA” Y ASÍ NO SE PUEDE PERDER.



LA MANDAREMOS POR VIA AÉREA Y ASÍ LLEGARÁ ANTES



TE ADVIERTO QUE COMO MAÑANA NO CONTESTE TU TÍA ENVIÁNDO NOS EL DINERO TE DOY UN CAPÓN QUE TE DEJÓ EXTRAPLANO

¡QUE SE CREE USTED ESO! TENGO YO UNOS PIES QUE SE HACEN CIENTO KILÓMETROS A LA HORA



TILÍN TILÍN

¡OLE! ¡YA ESTÁ AQUÍ EL DINERO! ¡VIVA TU TÍA!



DE PARTE DE DOÑA PANCHITA QUE AQUÍ TIENEN ESTA CARTITA Y ESTA CAJA

¡ATIZA! ¡NOS MANDA UN CAJÓN DE DINERO!

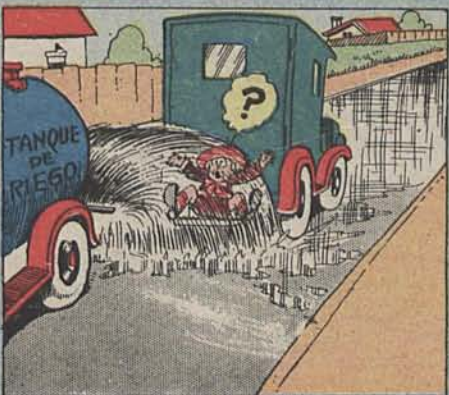
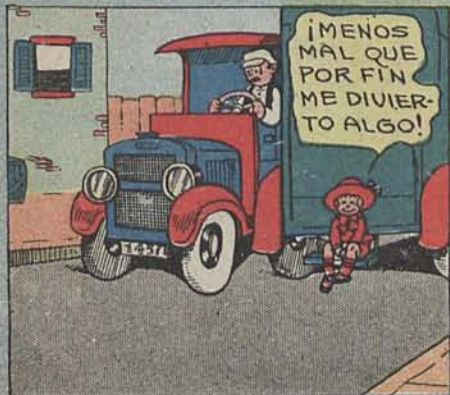
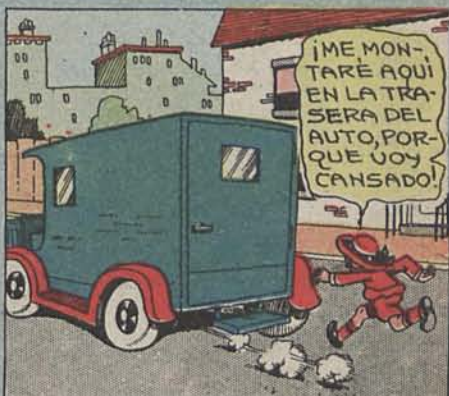


DICE TU TIA EN LA CARTA QUE NOS ENVIA LA PERRA MÁS GORDA QUE TIENE. ¡NOS HA “REVENTAO” TU TIA!





# COLORÍN y su PANDILLA



# CUENTOS DE CALLEJA

## ILUSIONES PERDIDAS

Castillo

U

NA tarde, el travieso Antonio había hecho novillos, es decir, no había ido a la escuela, sin duda para no asombrar al maestro con su talento.

Salió al campo, y, apenas hubo dejado atrás las últimas casas del pueblo, quedó un instante perplejo acerca del género de diversión en que había de emplear el tiempo.

—La verdad—se decía—que debí avisar a Tomás para que nos fuéramos juntos a coger nidos; pero él ya estará en la escuela. Y ahora ¿qué haré? Porque pensar en ver al maestro don Torcuato, eso de ninguna manera. ¡Tiene unas disciplinas tan duras...!

Preocupado con esta idea, sentóse nuestro Antonio sobre un ribazo, y golpeándose distraídamente los pies con un junco que cogiera a la orilla del río, quedóse un instante pensativo.

Un suave revoloteo despertó de pronto su atención, y, al levantar su mirada, vió a corta distancia una bella mariposa que, en raudos giros, saltaba entre las flores de un rastrojo; el muchacho, sin poderse contener, corrió tras ella, loco de entusiasmo.

Voló la mariposa de un punto a otro con cierta extraña coquetería, como si quisiera dejarse coger y no se decidiera a rendirse desde luego, y semejante estímulo excitó los deseos de Antonio, cada vez más violentos.

Así, de vuelo en vuelo y de carrera en carrera, la mariposa y Antonio fueron alejándose del pueblo.

Cayó la tarde, y aun entre las sombras del crepúsculo veía el muchacho brillar, con fosforescencias de luciérnaga, las preciosas alas de la mariposa.

Jadeante y sin aliento, dejóse caer al suelo el pobre Antonio, creyendo ya perdida su ilusión; pero la mariposa, por un extraño capricho, vino a posarse sobre una espléndida rosa que balanceaba sus pétalos a poca distancia del chicuelo.

Tentado éste, emprendió nuevamente frenética carrera, hasta que la oscuridad de la noche y el cansancio le impi-

dieron continuar la persecución; entonces se recostó en el suelo y se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, estaba amaneciendo; el sol comenzaba a dorar las cumbres de los montes. Antonio miró a su alrededor y se encontró en país completamente desconocido para él.

—¿Dónde estaré, Dios mío?—se preguntaba lleno de terror—¡Maldita mariposa! ¡Si la cogiera...!

Como si el insecto hubiera oído que lo nombraban, apareció entre unos matorrales inmediatos al sitio en que Antonio se encontraba, y con el mismo vuelo tentador emprendió sus giros entre las flores.

—¡Ahora no te me escaparás!—dijo el chico.

Y, tomando carrera, emprendió nueva persecución, loca, frenética.

Ya la va a coger, ya se le escapa y parece que se le evapora entre los dedos; algunas veces creyó sentir entre sus manos el aterciopelado roce de las alas del insecto.

Antonio sentía que una misteriosa fuerza le empujaba tras la mariposa, y, dejándose arrastrar por ella, corrió sin fatigarse, veloz como el viento; pero, a medida que él corría, también volaba con igual rapidez la mariposa.

Después de algún tiempo de carrera sin resultado alguno, Antonio, que se sentía desfallecido, dejó de correr, sentóse en el suelo, y para alimentarse cogió y comió algunas raíces verdes que encontrara; después siguió su camino a la ventura.

Al poco tiempo vió una misera choza, y dentro de ella a un pobrecito fraile consumido por los años y por las vigillas, el cual, saliendo al encuentro del niño, le preguntó adónde caminaba y por qué iba tan apenado.

Refirió Antonio cuanto le ocurriera, y el fraile le dijo:

—Esa brillante mariposa que persigues sin fruto, es la ilusión de la vida, tanto más codiciada, cuanto más se aleja de nosotros. Vuélvete a tu pueblo y vive tranquilo y sosegado; estudia y abandona las locas ilusiones.





—¡Es tan hermosa, Padre! ¡Tiene tan hermoso brillo en las alas, y unas antenas tan lindas...!

—Haz lo que quieras, pobre niño, que en balde se aconseja a los inexpertos: sigue tu camino; y, cuando hayas logrado tu propósito, vuelve a decírmelo.

—¿Y cómo os llamáis padre?

—Me llaman *Experiencia*.

Siguió adelante el pequeñuelo, hasta dar vista a un hermoso palacio, todo de jaspes de color de rosa, rodeado de grandioso jardín lleno de rosales, cuyo aroma delicado atraía con su dulce fragancia. Al aproximarse, abriéronse de par en par cien puertas de oro, y en el dintel de cada una de ellas apareció una hermosísima mujer; todas aquellas ninfas bajaron la grandiosa escalinata y se aproximaron al muchacho, prodigándole mil agasajos.

Una de ellas, la que parecía la dueña de la casa por su continente majestuoso y por el respeto de las demás, dijo al muchacho:

—Sé que persigues a mi hermana *Ilusión*, que ha venido hace un momento huyendo de tí y me lo ha contado todo. Pero no te desalientes; entra en palacio, que allí la encontrarás.

—¿Quién eres?—preguntó Antonio.

—Soy la *Esperanza*—exclamó la matrona.

No bien hubo dicho esto, ella y toda su corte se convirtieron en palomas blancas como la nieve y penetraron en el edificio.

Detrás corrió Antonio, lleno de un vigor extraordinario. No sentía ni hambre ni sed; un aliento poderoso le sostenía, y así llegó al palacio y penetró resueltamente en él.

Recorrió cien y cien habitaciones sin encontrar alma viviente, hasta que, al fin, un suave aleteo que penetró en sus oídos le hizo comprender que muy cerca de allí se encontraba la

codiciada mariposa. Precipitose al lugar de donde partiera el ruido, y, por fin, a la claridad de las suaves luces que alumbraban los salones, vió al fugitivo insecto volar de un lado a otro, como aturdido y sin esperanza de fuga. Sin reposar un momento, lanzóse Antonio sobre aquella mariposa, que aun le pareció más linda a la luz artificial, y, después de muchos esfuerzos,

consiguió cogerla en su pañuelo.

Ya en posesión de aquel ser codiciado, salió Antonio del palacio con el placer del vencedor.

—¡Es mía! ¡Es mía!—gritaba, como si quisiera comunicar su regocijo a todo cuanto le rodeaba.

Luego giró la vista en torno y vió un panorama seco y triste, sin árboles ni hierba, y a los pocos pasos la choza del ermitaño, y a éste que le miraba con pena.

—¡Buenos días!—dijo alegremente Antonio—Aquí estoy de vuelta con mi mariposa. Vea usted si hice bien en perseguirla.

El fraile sonrió tristemente.

—Enséñame lo que traes tan guardado—le dijo.

—Mire usted—contestó Antonio.

Y, abriendo el pañuelo, cogió a la mariposa por las alas.

Pero, en el momento de tocarla, deshízose el insecto, quedando entre sus dedos un poco de ceniza.

—Ya ves lo que has logrado después de tantos afanes. Esa es la ilusión, deshecha una vez tocada; y ahora mírate en ese arroyuelo, cuyas limpias aguas te servirán de espejo.

Antonio se miró y se desconoció. En lugar del muchacho alegre y retozón, se vió convertido en un viejo decrepito y caduco, y rompió a llorar con desconsuelo.

—Ya ves adónde lleva la vida—dijo el ermitaño—. Ilusiones engañosas nos llevan tras sí, y se desvanecen después de consumirnos la existencia. Sólo el bien y la verdad han de ser nuestro fin en la vida, y para eso estoy yo al lado de los pequeñuelos, guiándolos con mis consejos. Yo represento la experiencia del maestro que te enseñaba, de los padres que te aconsejaron y de los buenos amigos que te acompañaban. No pude disuadirte de tu empresa, y tú ya perdiste para siempre la juventud.

—¡Dios mío!—exclamó Antonio llorando—Ya que no haya remedio para mí, sirva a lo menos de ejemplo mi castigo y de escarmiento mi pena.

Y volviendo a su pueblo, en donde nadie lo conoció, hizo tanto en favor de sus antiguos camaradas, que más de uno tuvo que agradecerle la dicha de su vida.—FIN.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chononcito. Parece que estás entretenidísimo con todo ese arsenal de herramientas que tienes sobre la mesa. ¿Estás aprendiendo acaso el oficio de carpintero?

—Estaba esperándote a tí, mi simpático buho, para poner en juego todo ese herramental. Hoy me he levantado completamente meteorólogo. Dispuesto a construirme nada menos que un observatorio astronómico y he pensado que como era día de que tú y yo dedicásemos un rato a nuestra acostumbrada charla, me servirás tú de guía para construirme unos cuantos aparatos meteorológicos. Ahí tienes explicado el por qué de todos esos chirimbojos que ves encima de esa revuelta mesa. ¿Qué te ha parecido mi pretensión?

—Magnífica. No sabes lo que a mí me gusta también andar a vueltas con herramientas. Pero yo me doy muy mala maña en el manejo de ellas. Me falta vista y pulso. Indudablemente los buhos no hemos nacido para carpinteros.

—No importa. Bastará con que tú me vayas dando instrucciones y yo obedeceré al pie de la letra tus órdenes. Mi pulso y mi vista son buenos.

—Pues tú dirás por donde quieres que empecemos para construir ese observatorio. Estoy a tu disposición.

—¿Te parece que demos principio por construir un aparato que nos sirva para saber cual es la dirección del viento?

—Me parece muy bien. Ese aparato ya sabes que se llama veleta.

—Lo sabía. Y también sé que como el viento cambia casi constantemente de dirección, se pasan la vida las veletas dando vueltas. Por eso cuando una persona cambia a cada momento de modo de pensar se dice que parece una veleta. Ya ves si tu discípulo Chonón sabe cosas.

—Gracias al maestro que tiene. No te pongas moños, Chononcito. Y vamos a construir esa veleta. Toma una tablita delgada y córtala con la sierra dándole la forma de una flecha para que resulte más bonita.

—¡Ra-ca-rrac! ¡Ra-ca-rrac! ¡Ra-ca-rrac...! Ya está hecha la flecha. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Ahora haz un agujero en el centro del eje de la flecha y haz pasar por él un clavo largo.

—¡Ris, ris, ris, ris...! ¡Ya está!

—Ahora clava la punta del clavo en un palo cualquiera. La escoba te puede servir.

—¡Pim, pam, pim, pam...! Ya está clavada.

—Pues ahora sacas este aparato a la azotea y ya tienes la veleta en disposición de funcionar. La extremidad de la flecha te señalará, como si fuese el dedo índice de una mano, el punto de donde viene el viento.

—Vamos a construir otro aparato.

—Tú dirás cual.

—¿Te parece que construyamos ahora un aparato para medir la cantidad de agua que cae en las lluvias?

—¿Un pluviómetro? ¡Hombre, eso es sencillísimo! Y además no necesitas para nada los instrumentos de carpintería. ¿Tienes por ahí un embudo?

—Aquí está.

—Busca ahora una botella cuyo fondo sea plano y tenga el mismo diámetro que la boca del embudo por su parte más ancha.

—Aquí la tienes. Me parece que más rapidez no cabe. Fíjate y verás como las medidas son exactas.

—En efecto. Doce centímetros tiene la boca del embudo y los mismos mide el fondo de la botella.

—¡Si tengo yo una vista...!

—Pues ahora sólo te queda por hacer una cosa bien sencilla. Encajas el embudo en el cuello de la botella, como si fueses a echar en ella algún líquido,

y en esta forma sacas la botella y el embudo al aire libre. Lo pones también en la terraza, al lado de la veleta y ya tienes hecho el pluviómetro.

—¿Ya no hay qué hacer más?

—Nada más, señor Chononcito. Esperar a que llueva y el agua que haya pasado del embudo a la botella te dirá la cantidad de lluvia que ha caído. Es decir que si después de llover ves que en la botella hay cinco centímetros de agua esa será la altura de la capa de agua que ha caído.

—Entonces será preciso graduar la botella y señalar en ella los centímetros.

—No es preciso. Basta con que peses el agua. Ya sabes que cada centímetro cúbico pesa un gramo.

—No me acordaba de esto. Lo apuntaré en mi cuadernito de notas. ¿Qué otro aparato construiremos?

—Vamos ahora a hacer un barómetro. Así sabremos en cualquier momento cuál es la presión atmosférica o sea cuál es el peso del aire que gravita sobre nosotros.

—¿Y esto para qué nos va a servir?

—Para saber si el tiempo probable va a ser bueno o malo.

—¿Pero es que el peso del aire influye en esto?

—¡Naturalmente! Cuando hay humedad en la atmósfera el aire pesa menos que cuando está seco, y en el primer caso son de esperar lluvias y tormentas, mientras que en el segundo es casi seguro el buen tiempo.

—Dime, pues, qué he de hacer para construir un barómetro.

—Toma un tarro de cristal de boca muy ancha, como esos que se venden llenos de mermelada.

—Hélo aquí.

—¡Caramba, eres rápido como el rayo! Ahora encájale en la boca una botella de cuello largo pero boca abajo.

—Ya está.

—Echa agua en el tarro hasta su mitad y de forma que el cuello de la botella quede sumergido en este agua.

—Ya está también. Pero observo que el agua no entra en el cuello de esta botella que esta boca abajo.

—No puede entrar porque el aire contenido en la botella se lo impide, pero si la presión atmosférica es mayor que la normal empujará al agua y la hará subir ligeramente por dentro del cuello. Esta diferencia de altura es la que precisamente te indicará la presión del aire.

—También es sencillísimo el barómetro. ¿Hacemos otro aparato?

—Como tú quieras. Vamos a construir un higrómetro.

—¿Qué es eso?

—Un aparato que mide la humedad que hay en el aire, y por tanto, también registra la proximidad del tiempo lluvioso y del tiempo seco. Este es tan fácil de hacer que está construido en un periquete.

—¿Tienes por ahí una cuerda de tripa, de esas que se usan para la guitarra?

—¡Tómala!

—Pues ahora le pones en una extremidad un pequeño peso y por la otra la suspendes de un clavo. Cuando el tiempo es húmedo, la cuerda se dilata y el peso, baja. Si en cambio el tiempo es seco la cuerda se contrae, y el peso, sube.

—¡Estupendo! ¡Vaya observatorio que me he hecho en unos minutos! Tengo Veleta, pluviómetro, barómetro e higrómetro. ¿Qué más vamos a hacer?

—Ahora, irnos. Mira la hora que es.

—Tardísimo, tardísimo. Adiós buho.

—Adiós, Chonón,



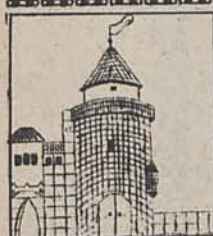
*Mientras más lectores  
tenga Pinocho más  
podrá divertirte. Procura  
que tus amigos lo  
lean cada semana.*

Ayuntamiento de Madrid



# COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un castillo  
Felipe de Angulo



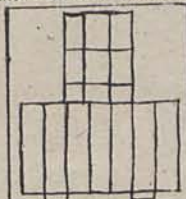
Franco por  
Victoriano Pardo



Cabeza de guerrero  
Juan del Río



Rocio por  
Inés Jaraquemada



El balcón de mi casa  
Angel Laborda  
9 años



Mi amigo Pinocho  
por Rafael Garrido  
9 años



Una señora trágica  
Rosario Losada



Cerezas por  
Pepita Alcázar



El castillo en el dedo  
Luz Sevilla, 10 años



Un tendido  
Rafael Díaz



Marcial  
José A. Canallas



Chapele más malo que 7  
Margarita Villalonga



Un cazador  
Alejandro Giugliano



Pinocho  
Filina Rodríguez, 10 años



Dracke por  
José G. Romero



Una curiana  
María Caro



Don Turulato  
María Caro



Currinche  
María Caro



Una aldea  
María Caro



Un barco.—María Caro



Un aeroplano  
Carlos Martínez, 11 años

## QUIEN TENDRÁ TANTOS JUGUETES ?

En un solo Equipo Meccano tendrás millares de modelos que funcionarán

Máquinas, Grúas, Puentes, Automóviles, Locomotoras, miles y miles de otros modelos, funcionando todos. Todos fuertes y sólidos, con una realidad igual a sus prototipos. Esfuérzate para obtener un Equipo Meccano y construye estos mismos modelos. Llegarás a ser un verdadero ingeniero, construyendo sus modelos con las correctas piezas de la verdadera ingeniería—Tiras, Viguetas, Piñones, Engranajes, Volantes, Poleas y muchas otras más piezas. Meccano es el sin par pasatiempo del mundo para la juventud, y el único que proporciona una distracción que no tiene límite.

La casa Meccano fabrica también los famosos ferrocarriles, marca HORNBY. Puedes inspeccionarlos en casa de su proveedor.

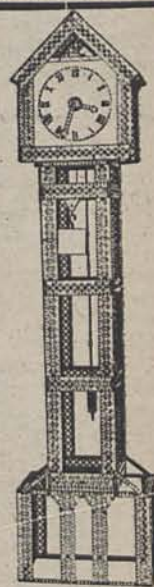
### GRATIS—NUEVO LIBRITO MECCANO

Este nuevo librito contiene un sinnúmero de hermosas ilustraciones de las construcciones pasmosas de la ingeniería, cuyo montaje facilita nuestro Meccano.

Nuestro representante tendrá sumo gusto en mandarte gratuitamente un ejemplar del nuevo librito con tal que le envíes las señas de tres de tus camaradas.

Indique el número 15 a continuación de tu nombre, como referencia.

INSISTA  
QUE  
TU EQUIPO  
LLEVE LA  
MARCA  
MECCANO



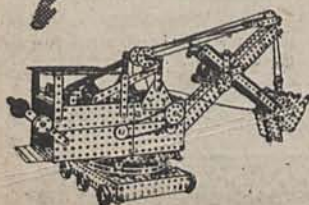
# MECCANO

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226  
BARCELONA

Producto de: MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

Equipos Meccano desde  
Ptas 15.00 a Ptas 1150.00  
en los principales Bazares  
y Librerías

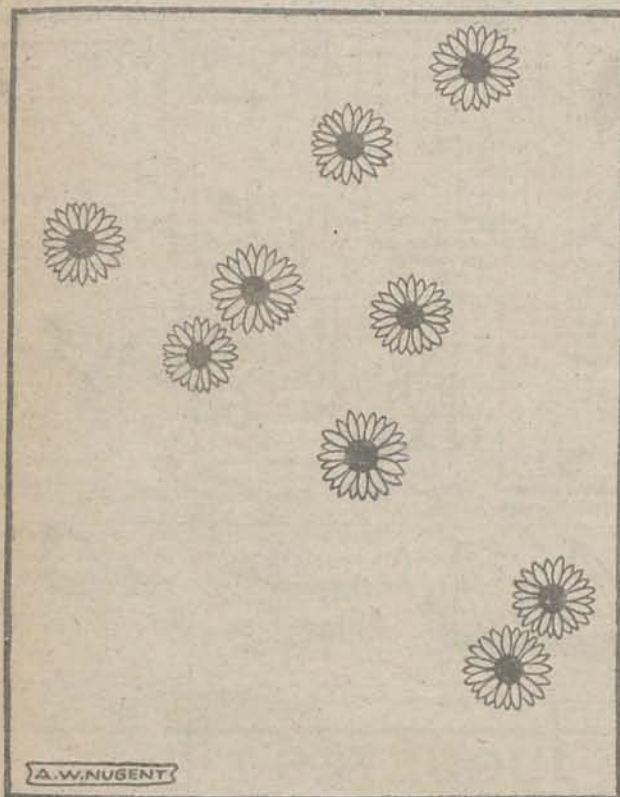


Ayuntamiento de Madrid

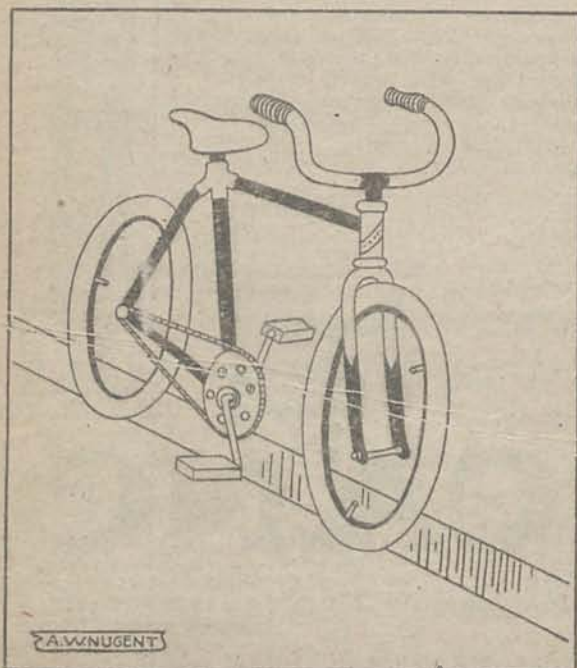
# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS MARGARITAS DE RISUEÑO



## LA BICICLETA ANÓMALA



Cuando a Sindulfo Risueño le dijeron que le iban a regalar unas margaritas se puso a bailar ebrio de contento y convidó a anchoas a todas sus amistades pero cuando le añadieron que para conseguir tal regalo tenía antes que trazar tres líneas, de forma que cada línea atravesara tres margaritas, por poco no se muere.

He aquí las margaritas. ¿Podréis ayudar a Risueño resolviendo vosotros el problema?

## EL LABERINTO AUREO

En el Beluchistan, existía en el siglo IX antes de J. C. un laberinto cuyas paredes, suelos y techos eran de oro. En el centro de este laberinto había una esmeralda valiosísima. Tratad de encontrar el camino desde la entrada a la estrella.

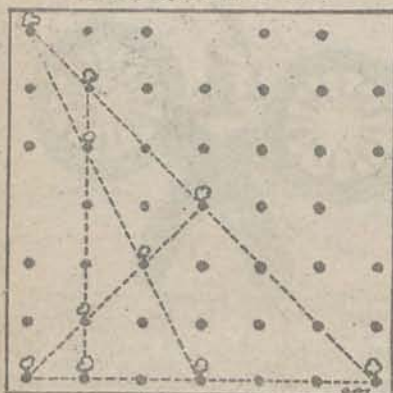


La bicicleta que tenía Mateo Chinchilla era una bicicleta extraña. Corría, sí, muy bien. En menos tiempo que tarda en persignarse un cura loco recorría las mayores distancias, pero a pesar de eso era una bicicleta extraña. Más de una vez Chinchilla y yo nos pusimos a contemplar la bicicleta por si conseguimos descubrir sus anomalías pero tanto Mateo como yo éramos unos verdaderos peces en cuestión de bicicletas y nunca logramos descubrir nada.

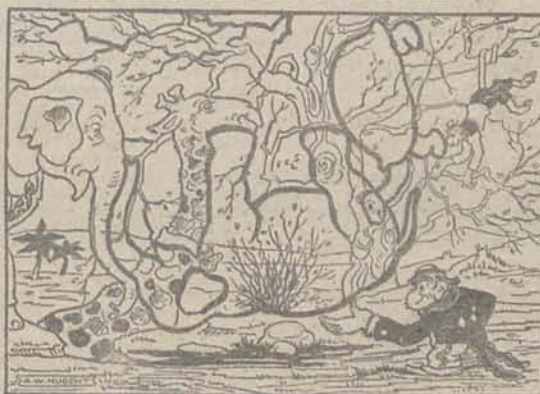
Sólo sabíamos que la bicicleta tenía diez errores. ¿Seréis vosotros más perspicaces y nos podréis indicar cuáles son los errores en cuestión?

# SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

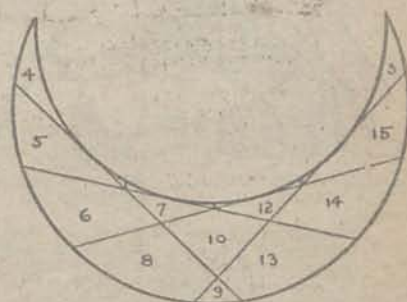
EL BOSQUE MALDITO



EL ELEFANTE Y LA TORTUGA



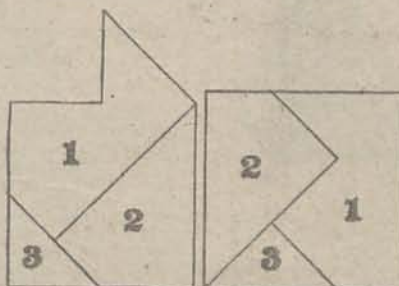
LA LUNA



LA SOBREMESA



EL TABLÓN DE SIRACOSA



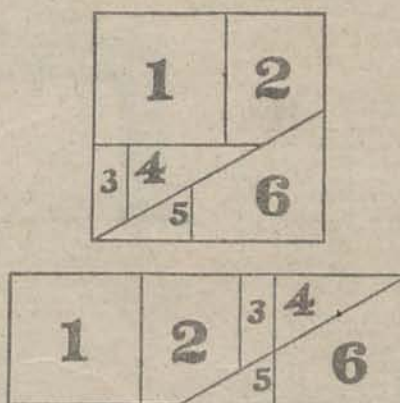
EL GUARDIA DE LA PORRA



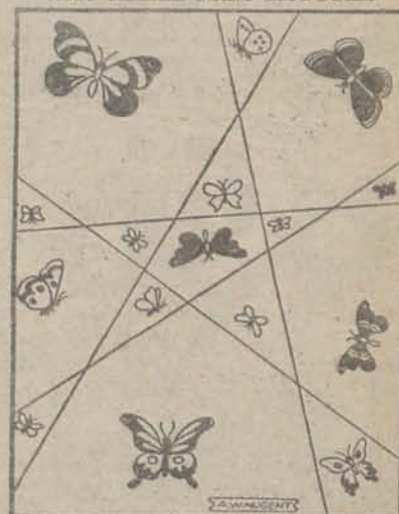
EL GALLO MALDITO



LOS TRES CUADRADOS



LAS MARIPOSAS ASTUTAS



DIBUJO CON ERRORES

Núm. 221

- 1.—El eje de una rueda está descentrado.
- 2.—Otra rueda tiene radios.
- 3.—La flecha está en dirección contraria al coche.
- 4.—Una aleta está más alta que otra.
- 5.—Un faro está sobre la aleta.
- 6.—Los goznes de la portezuela están mal.
- 7.—El contador está mal.
- 8.—La manivela de puesta en marcha está delante para-choques.

DIBUJO CON ERRORES

- 1.—Solo tiene un bolsillo.
- 2.—El bastón es pequeño.
- 3.—Le falta una vuelta en el pantalón.
- 4.—Los zapatos son desiguales.
- 5.—Un botón del abrigo es blanco.
- 6.—Los picos del abrigo son desiguales.

DIBUJO CON ERRORES

Núm. 222

- 1.—La C de céntimos está del revés.
- 2.—La oreja está al revés.
- 3.—Le falta un puño.
- 4.—Le falta una vuelta al pantalón.
- 5.—Las tijeras son desiguales.
- 6.—Al peine le faltan púas.
- 7.—La navaja está mal.
- 8.—Le falta un dedo al chico.
- 9.—La silla tiene una pata torcida.

# Sección Pirula



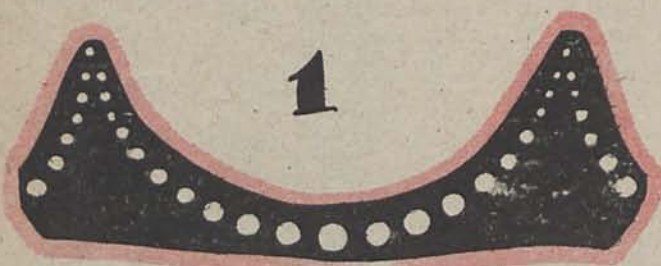
## Pirula bordadora

### Algunos motivos para la ropa blanca

Nada, Pirulinditas, que hoy me he propuesto no charlar; hoy, vamos a trabajar muy en serio; vamos a bordar vuestra ropa blanca; no todo va a ser adornar delantillos y vestidillos; también hay que acordarse de las enaguas, de las camisas y de los pantalones.

No por ser «pirulera»-entiéndase «de niña»-o sea sencilla y práctica, va a ser vuestra ropa sosa y fea; dejemos las cintas, los encajes y demás perifoneos para las mamás-y para vosotras dentro de algunos años-y elijamos, como único adorno el bordado, mejor dicho los bordados, muchos bordados diferentes, preciosos todos, de los cuales os presento hoy algunos ejemplos.

El número 1 os parecerá quizá a primera vista que es el más sencillo de



todos; sin embargo, es algo difícil de realizar a la perfección porque es preciso dominar el punto de *plumetis* para que todos los bodeques, en sus diferentes tamaños, salgan rigurosamente redondos.

El efecto será doblemente gracioso si bordáis varias hileras en sentido vertical, de estas girándulas de perlas.

Porque son perlas, nada menos que perlas; ¿que si son buenas? Claro que lo son ¡buenísimas! ¿cómo no, si las bordan mis Pirul...?

Pero hemos quedado en que hoy no se charla ¡a trabajar!

Los motivos 2 y 3 son dos combinaciones diferentes de calados y bodeques; de los calados, nada os digo pues domináis ese arte; en cuanto a los bodeques, que son todos de igual tamaño... véase lo dicho.

Estos dos motivos, conviene realizarlos en blanco, lo mismo que el primero.

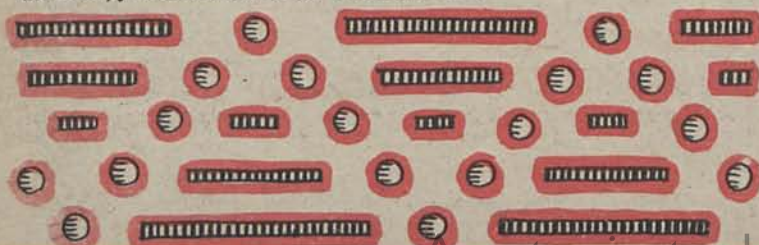
Al ver que también tienen bodeques, sospecho que mi amiguita Mercedes va a fruncir el hocico en un mohín de disgusto; y es que a Mercedes, los bodeques no le suelen salir muy bien; unos le salen formando picos y otros jorobas; algunos, un poco cuadrados y otros, un mucho ovalados; a veces...

Pues ¿no estoy charlando otra vez? es, ¡a trabajar, a trabajar!

Vamos ahora con las florecillas; los tres motivos son en realidad uno solo puesto que los tres son iguales, con leves diferencias al bordarlos. Estas florecillas son sencillas, fáciles de hacer y su encanto principal reside en sus colores, pues no las haremos blancas sino combinando el rosa con el azul, el amarillo con el verde, cual correponde a florecillas silvestres.

Se bordan unos cuantos de estos grupitos de dos, esparcidos y se convierte así la prenda en un campo florido. Como que en pleno diciembre, os bastará con mirar vuestra labor para evocar aquellos alegres días veraniegos en que el campo...

¡Vaya! Ya me he ido al charloteo. (Conste que lo de charloteo lo digo por de charlar, y nada tiene que ver con Charlot.) ¡A trabajar!



El trabajo que vamos a emprender ahora, no es trabajo y si más bien diversión, puesto que consiste en realizar el número 7 que es una sabrosa cesta de frutas.

También la bordaremos en colores para que las frutas resulten doblemente apetitosas. A quien le va a encantar esta cesta, es a mi Pirulinda Encarna; y es que la tal Encarnita no es golosa al modo de los demás niños; ellos son golosos de golosinas, ella lo es solamente de frutas.

Más la atrae a Encarna un melocotón maduro, un dorado racimo de uvas de moscatel, o una hermosa manzana reneta, que una fuente de natillas, una tarta de crema o un bombón de choc...

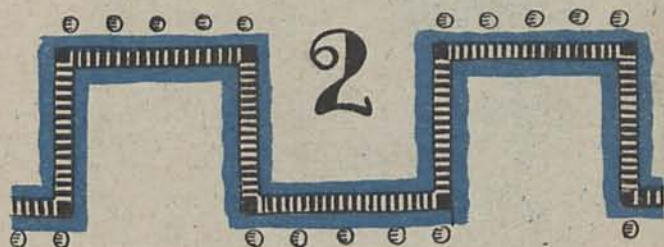
Bueno, soy incorregible en esto de charlar. Hala, a... a acabar que es lo que tengo que hacer en seguida si quiero que me quede espacio para daros la receta de un postre que os va a gustar a todas por igual, a Encarna porque tiene frutas y a las demás porque es una golosina.



## Pirula repostera

### Budín de sémola con frutas escarichadas

Se echa en una cacerola medio litro de leche, una cucharada grande de azúcar perfumada con vainilla o con canela, un pedazo de mantequilla y un grano de sal, y se pone sobre la lumbre. En cuanto hierve, se le añade, echándolo en forma de lluvia, doscientos gramos de sémola. Se deja que hierva, a fuego suave, durante un rato. Sin dejar de agitarlo, y se le añade azúcar, a voluntad. Cuando la masa es homogénea, se retira de la lumbre y se le añade mantequilla, tres huevos y un salpicon de frutas escarichadas, una clara de huevo batida a punto de nieve, y una o dos cucharadas de nata.



Por último, se echa en un molde alto, cuyo interior se unta previamente con manteca, se deja cocer al baño María tres cuartos de hora, se saca del molde y se riega con almibar acaramelado.

